

EL CONTROL DE LA SEGURIDAD Y LA HIGIENE POR PARTE DE LOS TRABAJADORES

Juan Sosa, Comisión de Control Obrero de la Higiene y Seguridad de un astillero
Medicina del Trabajo al servicio de los trabajadores. Actas de las Jornadas Nacionales de Medicina del Trabajo, Instituto de Medicina del Trabajo (Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, Facultad de Medicina) (1973), EUDEBA,

Se ha dicho muchas veces que por cada barco que se construye se produce la muerte de un compañero trabajador. También es cierto que las condiciones de salubridad e higiene en un astillero son considerablemente deficientes y no siempre conocidas. Nunca antes habíamos tenido esta oportunidad de relatar ante profesionales y trabajadores nuestra experiencia sobre estos problemas y esperamos que a todos nos sirva el intercambio de opiniones que se realice en estas Jornadas.

En primer lugar, quisiéramos explicar brevemente que es un astillero. En un astillero como en el que nosotros trabajamos se producen barcos de gran calado y se tarda 9 meses en terminar uno de esos. Hay 450 trabajadores que cumplen una jornada de 8 horas. La construcción del barco comienza en un lugar llamado platón, al aire libre, donde se van cortando los trozos de hierro y armando las distintas piezas. Una vez armadas, son transportadas, por grúas a un depósito llamado anguilera, adonde se trasladan para luego ser acomodadas. Así se va montando el barco, con tareas de soldadura, pintura, etcétera. Esta sección de montaje se denomina calderería, y los grupos de trabajo se componen del calderero, que corta las chapas y hace el montaje, de un ayudante y del oxigenista; además, están los soldadores, los pintores, los peones de baradero, los cañistas, los cobreros, los trazadores, los carpinteros.

En este ambiente de trabajo, que últimamente vimos que en una revista era presentado como un modelo de seguridad e higiene, nosotros no nos sentíamos muy bien. Había compañeros que por los gases sufrían dolores de cabeza. Sentíamos cansancio y debilidad, y teníamos malestar digestivo, especialmente después de comer. Por otra parte no confiábamos demasiado en el médico de fábrica; cuando íbamos al consultorio, nos daba alguna aspirina y hasta, en algún caso, nos permitía no trabajar ese día, pero de todas maneras seguíamos sintiéndonos mal. A veces nos atendía un enfermero, que demostraba mayor preocupación pero tampoco nos resolvía los problemas. Poco a poco, empezamos a ir al médico simplemente para conseguir el día, es decir, para- no trabajar un día. Como cualquier persona, necesitábamos un día de descanso, no porque tuviéramos que ir a dar sangre ni porque se nos hubiera muerto algún familiar, sino solamente por razones personales.

Fue entonces cuando comenzamos a luchar para obtener insalubre³: trabajar 6 horas era una aspiración de todos los compañeros. Si se trabajan 6 horas, se puede tener otro trabajo, hacer alguna changa. Porque la verdad es que nadie se cura si, en lugar de trabajar 8 horas, trabaja 6. Además, cuando el salario es insuficiente, lo más común es que se trabajen 6 horas mas fuera del astillero, y eso hace un total de 12 horas. Lo cierto es que nosotros apelamos al insalubre para solucionar un problema que tiene poco que ver con mejorar nuestra salud.

El insalubre tiene esa trampa, que es la de hacernos cambiar nuestra salud por dinero. Nuestra salud se iba deteriorando día a día, como si fuera una cosa natural, como si fuera normal que la perdiéramos por el trabajo. Esto lo apreciábamos muy bien con los accidentes. Veíamos que un compañero se moría por un accidente de trabajo y a veces un barco se llevaba la vida de tres trabajadores, y todo pasaba sin pena ni gloria. Los que seguíamos manteniendo contacto con la familia de algún compañero muerto, veíamos que se le indemnizaba y todo seguía como si nada hubiera ocurrido.

En la fábrica hay un equipo de técnicos de seguridad, que supuestamente tenían que preocuparse por todos estos problemas⁴. Pero nosotros notábamos que no lo hacían.

La muerte de uno de nuestros compañeros provocó una situación de gran preocupación para todos los trabajadores del astillero. Surgió así, en todos nosotros, la decisión de impedir que siguieran las cosas como hasta entonces. ¿Qué era lo que profundamente nos estaba pasando? Lo que nos pasaba podía aparecer como una cuestión natural, si se lo miraba superficialmente. Pero piensen todos ustedes lo que ocurre en la cabeza, en los sentimientos de un trabajador cuando se da cuenta de que una cosa tan valiosa para todo el mundo, como es la salud, no le pertenece. Cada uno de nosotros nos veíamos como posibles víctimas.

Hasta entonces creíamos, porque nos lo habían hecho creer, que cuando había un accidente en la fábrica, era porque el compañero accidentado no prestaba atención a su tarea, o porque no miraba los carteles que ponía la empresa con las normas de seguridad, o porque no se accionaba algún dispositivo de seguridad. Pero eso era lo que se decía; lo que pasaba era, por ejemplo, que un compañero se murió porque, soldando en el doble fondo de un barco -que son una serie de celdillas de 1,20 m por 80 cm- se junto la llama del soplete con la manguera que traía el oxiacetileno inflamable y se produjo una explosión que lo mató. De eso nosotros, sin ninguna duda, no teníamos la culpa. Estas cosas suceden, y los primeros que deberían tratar de evitarlas son la empresa y los técnicos de seguridad, porque ellos saben de que se trata y tienen conocimientos técnicos y científicos como para poder solucionarlas. No es posible que se superpongan tareas en la producción, que entrañen un riesgo a veces mortal, y esto depende de los que organizan la producción.

Además es cierto que muchos no miramos los carteles de seguridad o nos descuidamos; esto ningún trabajador debería ocultarlo. Ninguno debería empezar por tratar de explicar que lo que paso no ocurrió porque desatendió la tarea; cualquier persona, en cualquier trabajo, se puede distraer, puede estar preocupada por algo. Todos los hombres del mundo se distraen, y los que trabajamos junto a una máquina, o manejamos un soldador, también nos distraemos porque somos hombres. La diferencia es que muchas veces eso nos cuesta una mano o un brazo o la propia vida. Y esto no se resuelve, entonces, con carteles, como si fuéramos animales, enseñándonos como se va a la máquina como se enseña al perro donde hacer sus necesidades. Esto se resuelve haciendo máquinas para hombres, hombres que se distraen, y no adaptando los hombres a las máquinas.

Lo mismo pasa con otras cosas; en el astillero se utiliza una máquina que se llama calafate, que es un martillo neumático. Se la usa para cortar el metal, para sacarle la escoria, que es el residuo de la soldadura, para que de esa manera la pieza quede lisa. Este calafate produce un ruido infernal, y a esto se agrega que se usa en espacios muy reducidos, como los camarotes, los tanques de combustible o el doble fondo. Entonces pasa que estamos usando una máquina que nos está dejando sordos: hay ya muchos compañeros que no oyen bien. Pero más grave aun es que nosotros notamos que algunos tienen alterado el sistema nervioso: gritan y corren cuando van de un lado a otro, sin ninguna necesidad. Lo que más nos llama la atención es que se portan como chiquilines, hacen bromas infantiles, hombres grandes de 35 o 40 años; se ríen de cualquier cosa. Esta es una cuestión que también se dice que se resuelve con los protectores para el oído. Pero a nosotros eso no nos resuelve mucho, porque el protector sirve para que se oiga menos el ruido, pero lo que realmente molesta es que cuando el calafate funciona, el ruido nos entra por la cabeza; es como si nos temblaran los huesos de la cabeza. Cuando alguien sale de trabajar con esa máquina, está como aturdido, atontado, pero también nervioso. Esto no se elimina con el protector del oído. Es común escuchar que lo que pasa es que no usamos el protector; es cierto. Muchas veces no lo usamos. Por qué? Porque nos molesta. El protector de oído es muy molesto, porque cualquier cosa que uno se meta en el oído es molesta. Además, porque entre el protector y el ruido, que igual se oye, no podemos hablar con los compañeros que están al lado y si uno tuviera que elegir entre una cosa muy buena y otra mala, se comprendería, pero tenemos que elegir entre la molestia del protector y que nos tiemble la cabeza, o que nos siga temblando, nos vayamos quedando sordos, pero por lo menos podamos hablar con el de al lado, aunque sea a los gritos.

Tenemos otro problema, que también es muy común, pero no nos extenderemos mucho sobre él. En galvanizado, se produce un humo blanco que nosotros aspiramos, y todos los compañeros que hacen esa tarea tienen dolor de cabeza.

En fin, todos estos problemas deben ser resueltos; ocurre, sin embargo, que hay muchas dificultades. En muchos casos, no es que no se sepa cómo hacerlo, pero lo que pasa es que resolver alguno de ellos cuesta mucho dinero, o resulta más barato pagarle a un accidentado la indemnización que cambiar la forma en que se trabaja. Pero nosotros creemos que eso no es justo; no se puede encarar esto según si la solución es más cara o más barata; el problema tiene que resolverse teniendo en cuenta la salud del trabajador. Nosotros no podemos permitir que llegemos a los 40 años y parezcamos hombres de 50 o más. Porque, además, de nosotros depende toda una familia, que cuando nos enfermamos o no podemos trabajar más, se queda sin el sustento. Pero sobre todo el problema es que nuestra salud, como la de cualquier persona, tiene que depender de nosotros mismos. Cualquier persona tiene el derecho de elegir a su médico porque así se va atender con confianza. El médico nuestro lo designa la empresa, y a veces ocurre que, como esta a sueldo de la empresa; le preocupa más lo caro que sale que haya ausentismo que resolver a fondo el problema que traiga el trabajador. Entonces, uno le pierde confianza. Es así que cuando pasó el último accidente, cuando murió el compañero, creamos una comisión integrada por doce de nosotros, de control de la salubridad y la higiene. Esta comisión se ocupa especialmente de los problemas estos, pero lo importante es que todos los compañeros se preocupan; todos los compañeros del astillero decidimos que los dueños de nuestra salud somos nosotros mismos, y nadie más que nosotros. Entonces, sí que cambiaron las cosas. Se consiguió que se declarara insalubre casi todo el barco. El doble fondo quedó clausurado durante un tiempo hasta que se cambiaran las condiciones de seguridad. Con estas cosas, incluso hemos pasado por encima de normas internacionales que rigen para los astilleros navales, pero que tienen poco que ver con la realidad. Lo más importante que conseguimos es, sin embargo, que todo el mundo está muy contento, porque dimos un paso muy importante, que es la conciencia de que nosotros somos los que tenemos que ocuparnos. Entonces, la comisión de control de la salubridad recorre toda la fábrica durante todo el día y recibe los problemas que presente cualquier compañero. Ahora estamos tratando de encontrar soluciones, y sobre la base de nuestra experiencia, elaboramos nuevas normas de seguridad; para esto, es imperioso que los trabajadores tengamos nuestros propios asesores médicos y técnicos. Hay que comprender que para poder avanzar en todo esto tenemos muchas dificultades; necesitamos capacitarnos, estudiar, porque nadie nos puede reemplazar en el control, ya que los que sentimos las cosas somos nosotros.

De ahí que necesitemos cursos accesibles para el trabajador; necesitamos también nuestros propios aparatos de medición, para medir el ruido, el polvo, los gases y necesitamos aprender a manejarlos. Necesitamos médicos y técnicos en seguridad, para que nos asesoren y que quieran emplearse en las fábricas, para que ahí, conociendo el terreno, nos ayuden. Es decir, nosotros estamos empeñados en una gran lucha para controlar el estado de salud de los trabajadores. Y sabemos que esto tiene mucho que ver con que podamos conocer y controlar cómo se organiza la producción, para que esta no se haga a costa de nosotros y de nuestras familias.